Tomo 7

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 22

San José, Costa Rica 1924 Lunes 18 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Notas incoherentes sobre Maurice Barrés

Especial para el Repertorio Americano.
En la muerte de Maurice Barrés.

¡Bajo el ojo de los bárbaros!... Excelente principio para comenzar una carrera literaria dentro de la cual la vida sea un adaptarse de negaciones y de lirismos. Más tarde se llegará a la barbarie por el camino de otra negación no menos grande. El espíritu es un lugar común de contradicciones. Y el de Barrés lo fué como el de ningún otro hombre. En el admirable *Examen* que aparece al frente de sus novelas ideológicas, Barrés nos recuerda estas palabras de Saint Simon el colectivista: «Los moralistas se contradicen cuando prohiben al hombre el egoísmo y aprueban en él el patriotismo, pues el patriotismo no es sino el egoísmo nacional y este egoísmo hace cometer a las naciones las mismas injusticias que el egoísmo personal a los individuos». El hombre que tales principios nos recuerda es el autor juvenil de *L'Ennemi des Lois* y el Presidente de la Liga de Patriotas Franceses, en la madurez. Ah!, juventud, fresca como la primavera y temblorosa como el dolor entrevisto, cuán lejos estás! Mañanas de angustia en una vieja calle del Quartier Latin, a la sombra protectora de Santa Genoveva; el viento nos sopla sobre los cabellos, cuando tristes e inseguros, miramos el silencio de las alamedas del parque de Luxemburgo. Todavía no hemos visto el jardín de Bérénice, de esta consoladora Bérénice «comprendiendo confusamente que la vida de los seres sensibles es cosa suntuosa y triste».

—

Andrés Gide: Aún no es tiempo de que yo le diga cuán cierta es su teoría del descastamiento. Esperaré que algunas canas embellezcan mi frente plena de entusiasmos juveniles. Sin embargo, hay alguna cosa que me separa de Ud. y que me acerca a Maurice Barrés. *El Hombre Libre*, si bien se mueve en un escepticismo un tanto irónico—conjunción de dos planos líricos que intensifican la vida espiritual como los rayos de un espejo convexo—, es cristiano y es devoto de los secretos de la iniciación clásica. Pero el dulce encanto, que me hace temblar hasta las lágrimas, de su *Sinfonía Pastoral*, tiene un sabor de protestantismo que me aleja de Ud. Los descastados estamos muy lejos de su suave ideología. Ay!, cuánto dolor sentimos al ver dos altos espíritus que no se complementan.

—

Mauricio Barrés

(Visto por el admirable Caricaturista salvadoreño Toño Salazar).

Los que vamos entrando en este círculo solitario de la meditación diaria, de la conciencia del mundo y del espíritu, pensamos que «el hombre libre» se descubrió a nuestra edad. Veinticuatro años: a los quince cayó en nuestras manos un libro de Maurice Barrés, *El secreto de Toledo o de la sangre, de la voluptuosidad y de la muerte*. Fué en una vieja ciudad de América y en un crepúsculo como sólo yo me conozco. Devoramos aquellas páginas encendidas de belleza, de ironía, de un refrescante y desconfiado romanticismo. La iniciación estaba hecha. Dejamos de lado esa pretendida desorientación de lecturas—desorden el más perfecto y el más sublime—, que indigestaba nuestro espíritu, y comenzamos, en lentas jornadas de desolación, de aprendizaje, de heroísmo, el amor del clasicismo. Otra tarde descubrimos a Pascal y nos hizo recordar a Barrés. Fuimos barresianos *a priori*. Fué nuestro primer maestro de dilettantismo. Porque a Platón no lo contamos; porque Pascal nos volvió científicamente tristes; porque Montaigne nos enervó con su desconocimiento de nuestros males prematuros. Entonces éramos *los escritores imaginarios*. Hoy nos deleita Montaigne, y si la paradoja tiene sentido, creemos que fué, como nosotros, barresiano *a priori*.

—

Maurice Barrés, con su cara larga, pálida, de Condé vuelto a la vida, con su presencia de gerifalte pronto a la caza, era capaz de corromper al mismo diablo. La humorada es del maestro Anatole France. La hacemos nuestra y quisiéramos decir que si el diablo no hubiera existido, Barrés lo hubiera creado. Las masas enormes de Notre-Dame de París extendían una sombra de miedo, cuando este espíritu, altamente cristiano y altamente galo, se aventuraba, elegante, por sus alrededores. Es nece-

sario repetirlo, con la tristeza con que lo escucharía un adolescente: «Petit garçon, si timide, tu n'avez pas tort!» Y un rumor de oraciones casi discretas, casi diminutas, se elevará de *la colina inspirada* para acoger su alma que aún sonríe...

Nos lo decía alguna vez Jean Cocteau—el menos barresiano de los espíritus—: he cogido a Barrés como un muro de pelota. ¿Irreverencia? ¿Amor de la paradoja? No, más bien barresianismo. Pero de aquel barresianismo que inspiró los *Ocho días en casa de M. Renán*. ¡Ah!, maestro venerado, dandy de elegancias imposibles, si Ud. hubiera sido barresiano y además equilibrista con tristezas de *clown*, hubiera visto la admirable posición de Maurice Barrés para jugar una partida de pelota vasca. Mi amigo Jean Cocteau tiena ese sentido de la ironía que es desorden y que es claridad al mismo tiempo, el amor de la metafísica como humorada de placeres deliciosos: sólo él era capaz de escribir esas espléndidas páginas de *Les Noces Massacrées*. Jean Cocteau, Ud. tiene razón: «Se confundía lo negro con la malicia».

Alguien ha sostenido que la obra de Maurice Barrés adolece de un defecto que le quita cierta eternidad: el descuido de las almas de mujer. Sí, sus mujeres no tienen la importancia que les dió Goethe, que les dió Racine, que les dió Shakespeare. Pero si este espíritu fué cruelmente femenino, si sus análisis tienen todo el entusiasmo femenino de la vida, si su delicada y amable Bérénice es flor de tristeza, de desconsuelo por su excesiva feminidad... ¡Y su Philipe, y su Simón! ¡Y la evocación de Amarillys! ¿Recordáis el aprendizaje de diletantismo, de negación constructiva, durante las tibias veladas de Saint Germain? ¿No temblasteis con un dulce y diminuto estremecimiento de caricia? Y las tardes de Venecia, ¿no os dijeron tanto como un beso? Y vienen a nuestros recuerdos del momento, en esta hora tardía de París, las jornadas sublimes en compañía de aquella mujer que nos hizo amar con nostalgia Maurice Barrés, Marie Bashkiserff. Su diletantismo era, como en el fondo de todo espíritu femenino, un diletantismo de la sensibilidad.

Una curva se rompió en este afán de poeta. Fué poeta como nadie: pero su espíritu quiso la acción. La lira de Deroulede fué más dulce para sus oídos que el canto de Bérénice. ¡Pobre jardín en el cual las flores—como en todos los jardines—no tuvieron sino una primavera! La guerra le ungió de bravura patriótica y entonces dió sus horas a la causa de su Alsacia y su Lorena. De tarde en tarde volvió a sus afectos de juventud. Y como un cisne, cantó la última esperanza de su narcisismo sobre el jardín del Oronte: el otoño fué más cruel. Pero se fueron de este crepúsculo aquellas fiebres sutiles, aquellos entusiasmos estéticos, aquellas teorías elegantes y solitarias, que estremecían su prosa única de lirismo y de ironía, aquellos paisajes desolados de París y aquellas visiones burlescas del mundo en donde se confundían todas las conquistas del cerebro en el más íntimo y conmovedor dandismo.

«Il souriait et il disait:

—J'aime les lentes tristesses, mon amie, passez moi ce léger travers, comme je vous pardonne les yeux, votre taille qui fléchirait et toutes ces grâces peut-être inoubliables. Je sais que la petite ligne du sourire des femmes trouble la pensée des sages et, pour nous, la nuance des nuages mêmes. Dans vos prunelles mon image serait plus agitée qu'au miroir de ces étangs rafrechis par la brise»,

LEÓN PACHECO.

París, invierno de 1923.

Glosas

BARRÉS Y LA ANARQUIA

TAL vez no hay pluma de escritor contemporáneo que no le deba un a modo de estado de cuentas a Mauricio Barrés en el adiós que otorgue a su muerte. Porque no hay alma de escritor contemporáneo que no se encuentre con la suya, por lo menos en relación de tangencia.

De mí puedo decir, lealmente, que ésta se habrá producido en puntos de sensibilidad, nunca en los de doctrina. Todo el mundo sabe que las dos enseñas sucesivas de la ideología barresiana han sido el *individualismo* y el *nacionalismo*... No sé si me he sentido más lejos de él en lo primero que en lo segundo.

¿Por qué tanta insistencia, entre los enemigos, y aun entre los amigos de Barrés, en presentarle en postura de contradicción, en la vida y en la obra? ¿Para qué razones tan delgadas y oblicuas como las empleadas por él mismo para justificarse? No existiendo aquélla en realidad, holgaban éstas... No, no ha existido. Barrés es uno. El «culto del yo» ¡se ensalza tan cómodamente con la «obediencia a los muertos!» Las disciplinas del jardín de Berenice ¡ligan tan bien con las languideces voluptuosas de Toledo o Venecia...! Todo esto tiene un denominador común. Un denominador común que se llama Anarquía.

BARRÉS Y EL JANSENISMO

¿QUÉ diferencia hay, después de todo, entre la tentativa a aislar a un individuo en la sociedad, y la otra, a aislar una nación en el mundo? El pecado, aquí, es precisamente *la isla*, es decir, la ausencia voluntaria de solidaridad, el separatismo, el robinsonismo. ¿Qué diferencia, por otro lado —*en el fondo, por el mismo lado*—, entre disciplinas y voluptuosidades? Recordemos nada más—sin necesidad de dejar de Kraft-Ebbing por Freud—que «disciplinas» significa: azotes...

Anarquía, anarquía. Fundamentalmente, el enemigo es Roma. Son el clasicismo, la autoridad, la ciudad, el «hombre abstracto», la razón. Paganismo, es decir, superstición campesina, contra catolicismo, es decir, estructurada universalidad... —¿Cómo definiríamos, en una sola palabra, a Mauricio Barrés?— Como el último vástago de la prole de Jansenio.

Jansenio, Barrés... ¿El salto nos parece demasiado brusco? Pensemos en Racine, término medio en el camino. Son las manos de Racine, un poco femeninas, las que trasplantaron al jardín de Berenice ciertos árboles muy finos de la Vallée-Chevreuse.

BARRÉS Y «EL FIN DE SIGLO».

LA tradición jansenista, de una parte; el «Fin de Siglo», de otra, pre-

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

cisan esta posición intelectual. También en el «Fin de Siglo» se condensó la enemiga substancial contra Roma. El culto en aquel tiempo no fué para la «razón escrita», sino para la «intuición balbuceada»... He aquí un índice: Wagner, el nacionalismo en la música, la eslavofilia, la caracterización violentamente etnográfica en las artes, el nacionalismo teórico alemán; la pareja Ibsen-Bjorson (en calidad literaria difícilmente equiparable, pero de parentesco revelador en la relación «individualismo nacionalismo»); Stisner, las bombas de dinamita; el Greco, el pragmatismo; el «modernismo» religioso. Bergson, Bergson, que con Barrés, dibuja un *Geminis* en el zodiaco de la cultura francesa...

¡Cuán lejos ya todo esto! Mucho más lejos si guerra y tras guerra no nos hubiesen vuelto a traer alguno de estos sabores a la boca. El de Barrés era un sabor complicado. Pero no íntimamente contradictorio, en suma. Individualismo y nacionalismo—azul y rosa—, dos en uno, un tornasol de sabor.

También el «Fin de Siglo» fué una época muy dada a los tornasoles. Las señoras se vestían entonces con telas así. Los libros se encuadernaban con telas así. Muchos espíritus eran así, tornasolados.

BARRES Y EL ORIENTE

HEMOS hablado de eslavofilia. ¿Hay en la sangre lorenesa gotas eslavas? Reyes de Polonia fueron duques de Lorena. Raimundo Poincaré, de una antigua familia de Nancy, se parece a Lenin en los rasgos de la cara; y quién sabe si en los rasgos del misticismo se parece también.

Alguna vez he contado cómo un día, en los funerales del poeta Moreas, Barrés hubo de encontrarse a mi vista junto a un grupo de estudiantes polacos. Así, de lado, ¡cómo se les asemejaba! El color cetrino, la picuda nariz, los ojos ardorosos, un poco oblicuos, un poco embuchados; el bigote lacio, achinado—después lo recortó; pero también hoy se lo recortan los chinos—; el negro pelo aceitoso, el mechón caído sobre la frente corta.

En otra ocasión, mucho antes, había podido ver juntos, en una casa amiga, a Barrés con el mismo Moreas. Conversaban—eran muy amigos—, y esto parecía una conversación en el Museo; es decir, en la Universidad dedicada a las Musas, en Alejandría. Dos maestros se habían encontrado en un corredor. El uno venía de la Atica, pero el otro venía de la Siria.

Cuando Barrés estuvo en la Atica, le repugnó. Le prefirió la ruda Lacedemonia. ¡Sirio todavía hombre de Oriente! Lacedemonia, las disciplinas; es decir, los azotes...

CALIDAD DE BARRES

No importa. Queda la tangencia en la sensibilidad. Queda la calidad, sobre todo.

Hay almas que recuerdan, por su carácter privilegiado de excepción, esas ediciones en papel especial, con que se regalan los bibliófilos.

Cada época edita una tirada limitadísima de ejemplares, impresos en papel-Japón, con numeración correlativa y firma y rúbrica del Espíritu.

EUGENIO D'ORS.

(*A. B. C.*, Madrid).

La guerra en Méjico

UNA nueva guerra civil en México era sin duda el acontecimiento inesperado y es la mayor desgracia que podía ocurrir al pueblo mejicano. El país se preparaba para la campaña electoral de 1924, no para la guerra; y nadie pudo haber imaginado siquiera que de una lucha cívica apenas iniciada pudiera de improviso salir la catástrofe de la guerra civil. Es verdad que la contienda se había señalado al nacer por la violencia de las pasiones rivales, ciegas y furiosas como sopladas por un espíritu infernal; y que en la ciudad de Méjico especialmente la situación había llegado pronto a ser de perturbación, de agitación, de zozobra y de alarma. Se había derramado ya sangre en el Congreso y en las calles. Las cámaras legislativas parecían haberse convertido en el centro de la tormenta. Actos salvajes de agresión habían deshonrado la cultura de los contendores. Acusaciones de uno y otro bando llenaban los aires, recriminaciones, protestas, denuncias de atentados y de planes siniestros, amenazas de muerte. Pero en esta confusión, ardiente y ruidosa como era, escandalosa, injustificada y lamentable, triste producto de la exaltación, la vehemencia, la intemperancia, la irracionalidad de las pasiones, nadie podía haber percibido el presagio de un supremo desastre nacional como es la guerra intestina. Había por una parte en los espíritus imparciales y distantes la repugnancia a admitir la posibilidad de una apelación a la decisión de la fuerza por un pueblo que apenas convalecía de los terribles males y estragos de diez años de guerra doméstica y cuya seguridad nacional está en peligro desde el momento mismo en que la paz se rompe; y por otra la disposición a confiar en la cordura, el sentimiento de responsabilidad y el patriotismo de los hombres que han tenido en sus manos los destinos de Méjico desde 1920 y los habían conducido hasta ahora con inteligencia, con tacto, con acierto, con dignidad, con un espíritu de libertad y de reconstrucción sólida y permanente jamás conocido en el Gobierno de Méjico.

Se ha visto empero que estábamos equivocados, y que contra todas las indicaciones de la lógica y de la razón natural de las cosas, la realidad latente de la situación era desde el principio la guerra. Esto es espantoso, pero es el hecho; y debemos confrontarlo con todo su horror y su desolación.

El señor de la Huerta, candidato a la Presidencia de la República, partió de la ciudad de Méjico para Veracruz la noche del 4 de diciembre, tranquilamente, públicamente, en un viaje de propaganda eleccionaria al parecer. Los periódicos dieron cuenta de su salida. Dos días después la revolución era proclamada en aquel puerto atlántico, encabezada por él y sostenida por el General Guadalupe Sánchez, Jefe de las fuerzas federales acantonadas en aquel punto. Algunos Estados se han adherido a este alzamiento y ya se ha derramado sangre en abundancia en Jalapa y otros lugares. Los revolucionarios acusan al Gobierno Federal de parcialidad en favor de la candidatura del General Calles, y su grito es contra lo que llaman la imposición. El General Calles ha renunciado su candidatura y ha sido nombrado jefe de las fuerzas expedicionarias contra las fuerzas de la revolución. La campaña electoral se ha convertido así súbitamente en una campaña militar, la lucha cívica en una lucha sangrienta, los medios modernos y civilizados para la sucesión del poder en los medios antiguos y bárbaros, los partidos

políticos en ejércitos enemigos; y tenemos hoy el horrendo expectáculo de los dos candidatos de ayer, Calles y de la Huerta, al frente cada uno de un ejército para decidir por las armas la cuestión de la posesión del poder.

Las responsabilidades de esta guerra serán establecidas a su tiempo. No es éste por ahora nuestro objeto. Carecemos del conocimiento de los hechos y del aliento y la voluntad para formular anatemas en un conflicto que consideramos como un supremo infortunio para un pueblo que tenemos, como a todos los pueblos latinoamericanos, en el corazón, y cuyo efecto de consiguiente en nuestro espíritu es de dolor y de aflicción.

Diremos sin embargo que a nuestro juicio esta guerra es un crimen, porque Méjico no tiene nada que ganar en ella, porque pone en peligro la existencia nacional, porque interrumpe y retarda indefinidamente el laborioso y difícil y costoso proceso de reconstrucción y recuperación del país comenzado bajo la actual administración después de diez años de turbulencia y de desorden; porque destruye el crédito reconquistado en los últimos tres años de paz, de reorganización, de cabal cumplimiento de las obligaciones internacionales; porque agrava la actual crisis del Tesoro; porque acumula nuevas cargas sobre el ya abrumado pueblo mexicano, nuevas reclamaciones, nuevas deudas; porque revive la barbarie; porque da nueva oportunidad al bandolerismo y al militarismo; porque es un golpe mortal para el prestigio y el concepto de Méjico en el extranjero; porque debilita profundamente a Méjico y lo arruina; porque, en fin, es en todo sentido destructiva y funesta en el más alto grado.

Atormentado por las pasiones, el tumulto, el extravío general de la hora, el señor de la Huerta, no sabe lo que ha hecho. Su acción es demasiado grave para ser tomada con la ligereza y la irreflexión con que él ha procedido. ¿Cuál era su queja? ¿La coacción oficial contra su candidatura? Concediendo que fuera cierta, concediendo como un hecho averiguado la parcialidad oficial en contra suya, dado el hombre que es él, la guerra no era, no podía ser, su camino. En su lugar, nosotros habríamos preferido el camino del sacrificio al de la guerra. En aras de la patria habríamos ofrecido nuestro interés político, nuestra ambición; y nos habríamos retirado diciendo a la nación que en el dilema entre la guerra y el sacrificio, habíamos optado por el sacrificio. O habríamos justificado nuestra conducta y escudado nuestra responsabilidad, agotando nuestros esfuerzos en el empeño de un avenimiento en una candidatura de transacción. No aparece que se haya hecho nada en absoluto, ni en este sentido ni en ningún otro, para evitar la extrema calamidad de la guerra. Simplemente se recurrió a ella sin la menor vacilación y sin la menor pérdida de tiempo. Lo más asombroso de todo es la facilidad y la prisa con que estos hombres lanzan a su patria al abismo.

En las circunstancias especiales en que se encuentra México, el deber primordial del patriotismo es la conservación de la paz, lejos como está de una situación intolerable como la de Venezuela, por ejemplo. No hubo sufragio popular en los treinta años de la dictadura. Madero se lanzó a la guerra para reivindicar este derecho. Los años transcurridos desde entonces han sido de guerra, y si los cargos de los revolucionarios contra la actual administración son fundados, la actual revolución iniciada hace diez años y continuada hasta ahora no ha realizado su ideal de sufragio. ¿Qué garantías hay de que la nueva revolución lo realizará? La experiencia desde Madero parece demostrar que no es por la guerra como se alcanzará este progreso; y el consejo de la razón parece claro indicando que vale la pena de ensayar los resortes utilizables en el estado de paz.

A Madero lo devoró la traición. A Carranza lo devoró la revolución. Si la revolución lograra devorar a Obregón, ¿quién podrá impedir que la traición o la revolución devore mañana a de la Huerta? El tiene además en su contra su condición personal de hombre civil. El es el único hombre civil en la revolución hasta ahora. Todos los demás son candidatos y hombres militares. ¿Cómo podrá contenerlos? ¿Cómo podrá imponérseles? No es él quien va a librar las batallas de la campaña, son ellos. No es él quien va a triunfar, son ellos. ¿Cuál sería su papel después del triunfo? La presidencia provisional otra vez, probablemente, seguida de la presidencia constitucional del General Guevara, y otra guerra civil al final de su Gobierno por las mismas causas que la actual. Nuestro terror es la esterilidad de la guerra civil y la repetición de la historia.

Por supuesto que peores cosas pueden ocurrir. El porvenir es negro y la potencialidad de la situación en peligros es infinita. La guerra puede prolongarse. Los bandidos famosos y legendarios pueden reproducirse. Un nuevo Huerta puede brotar del caos como un tigre ebrio de sangre. El salto hacia atrás puede ser muy grande. Los tiempos de Villa, de Zapata, de Carranza, del militarismo desbordado, de la anarquía; los tiempos de Méjico sin gobierno; los tiempos de Veracruz, de la expedición punitiva, de un ejército americano en la frontera, de maquinaciones en Washington para la invasión de Méjico, de amenaza perpetua de invasión, pueden volver, como consecuencia de la actual revolución. No hay nada más temible que la ruptura de los diques en Méjico. Los hombres de la actual revolución han desatado una tempestad cuyos estragos no pueden calcular y cuya furia no podrán dominar.

El Gobierno del Presidente Obregón no merecía concluir en una orgía de sangre como es una guerra civil. El y los hombres que lo han acompañado en las tareas y las responsabilidades de la administración, de la Huerta entre los primeros, han prestado a Méjico los más ilustres servicios. En todos los ramos del servicio público han trabajado con asiduidad, con eficacia y con admirables resultados. Ha sido un Gobierno constructivo y fecundo, un Gobierno de orden y de libertad, un Gobierno constantemente guiado por el deseo de hacer el bien, por la ambición de engrandecer a Méjico. No es posible negar que este Gobierno cambió por completo por su conducta y por sus obras la actitud de la opinión exterior hacia Méjico, inspirando en todos respeto por la nación mejicana y haciendo renacer en todos la fe en su porvenir. En ninguna parte era más potente este cambio que en los Estados Unidos, y especialmente en Washington.

No, un Gobierno así, un Gobierno que ha prestado tan eminentes servicios, emanado además de la voluntad nacional; un Gobierno Constitucional, que ha sido leal a las libertades constitucionales; que ha sido leal a su origen y a las promesas de la revolución; el mejor Gobierno de Méjico en medio siglo, no puede desaparecer en una sublevación militar sin la mayor deshonra y las más fatales consecuencias para Méjico.

¿Qué seguridad tiene el señor de la Huerta de triunfar? La suerte de la guerra es aleatoria. Su movimiento se diferencia del que derribó a Carranza en que no es un movimiento nacional, por más que su bandera sea la misma. Es un movimiento parcial y partidario, de un partido personal, nacido en las vísperas de las elecciones. Los otros partidos electorales no se le han unido y sostienen al Gobierno. Si su causa es el sufragio electoral, ¿cómo confía la suerte de este derecho al azar de las armas? Si lo derrotan, ¿qué será de este principio en cuya defensa él dice haberse alzado? Si triunfa, ¿qué garantías hay de que el principio salga vivo de los campamentos y de las batallas que van a producir una nueva recrudescencia del militarismo en Méjico? ¿Sabe él acaso lo que será

de su propia persona en la avalancha de militares ambiciosos que hoy se agrupan en torno suyo y a su sombra proclaman con él la inviolabilidad de un principio que los excluye del objeto de sus sueños que es el poder y los condena a la proscripción y la anulación política porque es el más sólido fundamento de la paz y de la vida cívica? ¿Está cierto el señor de la Huerta de no haber puesto en peligro todas las libertades del pueblo mejicano y de no ser él y su alzamiento sino la ocasión para la reaparición de la anarquía y la restauración del despotismo en Méjico?

En nuestra visión de las cosas, lo más urgente e imperioso en la peligrosísima situación provocada por la locura de las pasiones y de las ambiciones, es el regreso al estado de paz; pero como esto no sería posible de una manera inmediata por medio de las armas, ni convendría a la concordia y la tranquilidad moral del pueblo mejicano que el conflicto lo resolviera la fuerza, de quienquiera que fuera la fortuna del triunfo, una transacción conciliadora se impone, sobre la base de la estabilidad del Gobierno y una tercera candidatura que tirios y troyanos sostuvieran.

El restablecimiento de la paz sería así instantáneo e incruento. La pacificación y satisfacción de los espíritus sucedería a la ansiedad de la actual situación y a los rencores y virulencias de los antagonismos personales y políticos. No habría vencedores ni vencidos. La transmisión del poder se haría así bajo el reinado de la paz y de la ley y la luz volvería a resplandecer en el porvenir de Méjico.

Esta es la solución que está demandando el patriotismo. Todo el pueblo de Méjico, estamos ciertos, clama por ella. No más sangre, no más violencia, no más barbarie. Es tiempo todavía de rectificar el error de esta guerra y convertirlo en un triunfo de la civilización, en un triunfo de Méjico; en la consolidación de la paz, del Gobierno, de las instituciones democráticas.

Lo que no se hizo para evitar la guerra—, una tentativa de conciliación, con la renuncia de las candidaturas irreconciliables y su substitución por una candidatura única que representara el acuerdo y la voluntad de todos—, puede hacerse todavía y debe hacerse antes de que sea demasiado tarde. Es el único medio de redimir la deshonra y limitar la catástrofe de esta guerra. Las candidaturas todas han desaparecido con el advenimiento de la guerra, y este hecho facilita la solución pacífica sobre la base de una candidatura de conciliación. Los árbitros de los destinos de Méjico en uno y otro campo en las actuales circunstancias no deben perder de vista el hecho de que un triunfo militar de quienquiera que sea no producirá sino una paz precaria, y que la mayor necesidad de Méjico es una paz estable.

JACINTO LÓPEZ.

(La Reforma Social. Habana-Nueva York).

Misía Plájedes

HOY ha venido a decirme una mujer que misía Práxedis González, la enfermera de la región, está de muerte, y que sólo le queda en dolor irse de esta vida sin haberse comido una mazamorra de harina de trigo.

Misía Plájedes, como la llaman las gentes sencillas, era para este vecindario el recurso de todos los enfermos y de todas las mujeres achacosas.

Cuando alguna necesitaba de ella, solía llevar remedios de su invención, que según su decir eran de una eficacia indudable.

Para ella, el casco de burro era el mejor remedio para los dolores violentos.

Si alguna mujer decía que el niño tenía pulmonía al pecho, en el acto le hacía un sobatorio de guayabo macho y curapo.

Si estaba hinchado, agua de un palo que nunca quiso decir, y lo deshinchaba en dos días.

Cuando el enfermo se *gravaba*, entonces ponía un vaso de agua sobre cualquier cañizo, le hacía dejar las puertas y ventanas abiertas, y se dedicaba a enumerar sus méritos ante un corrillo de labriegos que descuidaban al moribundo para oir a misía Plájedes hacer su apología.

Entonces, por su boca, ya convertida en una nuez de durazno por el puño del tiempo, salían las virtudes de aquel sér expirante, que jamás había tenido quién pusiera atención en sus hechos.

Pero la erudición biográfica de misía Plájedes no se limitaba a los humildes hijos del barbecho únicamente, sino que de sus labios oímos en muchos atardeceres después del trabajo, y mientras chupaba seguido un tabaco de mala clase, la vida del doctor Camacho Roldán en su retiro de *El Ocaso*, la de don Gregorio González, el misógino, y la de don Lucio Rubio, el solitario de *La Tebaida*.

Ella fué la lavadora de la casa del doctor Camacho Roldán, durante la vida del patricio inmaculado en estos lugares, y también hablaba con él y le decía sus penas.

El doctor Camacho tenía por los humildes una predilección paternal, y el cariño de ellos le compensó ampliamente su noble deferencia.

Cuando murió, todos fueron a llevar su cadáver a la Sabana, y lo lloraron hasta los más indiferentes al dolor propio.

Misía Plájedes tuvo la dicha de contemplar esa venerable figura en los días de su retiro, y le sorprendía con frecuencia llorando a solas junto a las pequeñas cascadas del río Auplo, cuando la guerra civil ensangrentaba el suelo patrio.

Porque para él, cada combate era una campanada que se daba para sepultar la patria en su disolución.

—Eran muy amigos con don Gregorio González, el dueño de *Anatoli*, me decía en una ocasión; pero jamás se trataron personalmente, porque don Gregorio le hizo saber que él no deseaba que lo visitara nadie.

Le regalaba rosas y frutas, y cuando quería verlo le decía que saliera al patio de la casa para mirarlo por el anteojo. Don Gregorio era un gran señor y un hombre muy ilustrado. Tuvo un desengaño amoroso y juró no volver a mirar en su vida otros ojos que aquellos que le habían hecho la vida amarga. Y no volvió a verlos, ni en más de treinta años vió más rostro de mujer, que el de la autora de su existencia, cuyo retrato tenía a la cabeza de su lecho.

Los domingos se vestía de rigurosa etiqueta y leía la biblia durante el día; por la noche, comía como si fuera en un gran banquete, pero sin ningún invitado.

Cuando murió, quiso que lo sepultaran bajo unos pinos centenarios que hay en el patio, pero los vecinos lo llevaron hasta el Hospicio con ánimo de sepultarlo en La Mesa.

Era tanto lo que pesaba el cadáver, que les fué imposible seguir de allí a más de sesenta hombres, y previa consulta con el Sr. Cura de la Mesa, resolvieron devolverlo para cumplir la voluntad del difunto y no se necesitaron sino cuatro peones, porque de regreso ya no pesaba.

Misía Plájedes me refería siempre esto, y los labriegos del contorno lo afirman como cosa incontrovertible.

Desde entonces, las gentes miran hacia los pinos de Anatoli con supremo respeto, y dicen que de aquel lugar nadie osará mover las cenizas de ese hombre bueno, ilustrado y probo, que se divorció con la humanidad por el desamor de una mujer que de seguro no fué feliz con otro hombre.

De don Lucio Rubio, el solitario de la Tebaida, me refería cosas en extremo interesantes.

Divorciado también de la vida social, se aisló en la cumbre de su retiro, y se puso en íntima comunión con la naturaleza. Desde el promontorio montañoso donde eligió su residencia, divisaba durante las mañanas despejadas toda la cordillera central y los nevados del Tolima y del Ruiz.

Construyó sus muebles de madera rústica, hizo un cuadrante solar en una gran piedra que aún se conserva, y allí, bajo la sombra de unas palmas milenarias, se recreaba en darles de comer a los pajaritos que acudían a él con ingenua confianza.

Muchas veces, en las horas del atardecer, solía abrir los brazos en cruz, teniendo en cada mano una bandeja llena de arroz, y eran tantos los pajaritos que acudía a picotear en las bandejas, que le obligaban a ponerlas en el suelo para esquivar la molestia de su aleteo.

A veces se le veía hablar con ellos, según decían.

Otros creen que don Lucio practicaba el espiritismo y asistía siempre en compañía de los grandes genios de la antigüedad, a cuyo estudio dedicaba casi la mayor parte de su tiempo. Había escrito mucho, pero cuando sintió que la enfermedad que lo llevó a la tumba no le permitía ya sus diarios entretenimientos, quemó sus papeles y sólo se ocupaba en poner en orden sus cosas

Alguien le dijo un día que si pensaba encargar del cuidado de los pájaros a alguna persona, y él le respondió:

—Los pájaros son más entendidos que las gentes. Ellos conocen quién los ama de corazón y quién los mantiene por capricho. Cuando yo muera, no volverán a la Tebaida, porque ya no encontrarán a su amigo.

Y el día de su muerte, una inmensa bandada de pajaritos llegó a la casa de la Tebaida y le entonó al amigo y compañero los himnos de su liturgia arrobadora, para no volver más. Quienes oyeron aquello, dicen que nunca en la vida podrá repetirse una escena tan natural y tan conmovedora.

Misía Plájedes suspiraba siempre que me hacía este relato, y mirando hacia las alturas de la Tebaida me decía:

—Don Lucio era un santo, porque tuvo piedad de los animalitos. Ya ve usted que la gente cree que a los pájaros no se les debe pagar su trabajo, y que deben cantar y alegrarnos la vida sin darles nada. Si no fuera por ellos, las plagas nos comían a todos y la tristeza también.

Misía Plájedes vino a la vida en San Agustín, en el Sur del Tolima, hace ochenta y tres años. Tiene los dientes y las muelas como si apenas contara veinte años, y jamás le han dolido en la vida.

—¿Qué se hace usted, le dije un día, para conservarlos tan bien y tan blancos?

—Pues yo no hago, me decía, sino limpiármelos con un trapo limpio, y hacer buches de cocimiento de guayacán.

La última vez que la visité, hace unos ocho días, me dijo, incorporándose en su lecho franciscano:

—Estoy haciendo mis costuras para llevar los trapitos limpios a la otra vida. Ya hice mi mortaja, y ahora estoy cosiendo la funda de la almohada, para que todo esté listo. A la presencia de Dios hay que llevar lo mejor que uno tenga.

Y la anciana octogenaria seguía su costura con la naturalidad de quien hace su apresto para un corto viaje; como si tratara de ir a la misa del pueblo cercano, como si a la tierra se le debiera recibir también con los brazos abiertos.

Yo siempre he sentido un profundo respeto por estas gentes que miran la vida con esa despreocupación sabia y estoica. Saben que la vida es como un zaguán largo y lleno de encrucijadas donde encontramos a veces placeres y tristezas, pero cuyo fin ineludible es la boca de una tumba que nos espera en la extremidad.

Ellos van por ese pasadizo con el paso firme y no se preocupan gran cosa, y cuando van a terminar su peregrinación, entran en la boca de aquella tumba, como si fuese en su propia casa.

Misía Plájedes tiene ya sus aprestos hechos y se va sin pesar.

Tal vez mañana vengan a decirme que ya dejó de existir, después de haber probado la mazamorra de harina de trigo, que era su antojo postrero.

Y su agonía será lenta y plácida, como la de aquellos budistas de la India, que al diluirse en el Nirvana sonríen escépticamente ante todos los esfuerzos humanos, ante la pequeñez del sol, cuyos rayos ven como los de candileja macilenta, y ante las preocupaciones de los sofistas, que han compuesto una leyenda de la existencia y que se quedan absortos y manicruzados ante el misterio de la eternidad.

Viaje natural e indoloro, que emprenden las gentes sencillas como la cosa más fácil, y que nosotros miramos con terror, y emprendemos acobardados, porque le hemos puesto a la vida más interés del que tiene, y porque estamos prendidos a lo que hemos creído que constituye la existencia, como son las riquezas y las dignidades, y el amor a nuestros semejantes, que suele abandonarnos mucho antes de que haya tocado a nuestras puertas la mano de la muerte.

Y tal vez para misía Plájedes no haya en el momento de su agonía quien le ponga un vaso de agua cristalina al borde de su lecho de muerte para que el alma aplaque su sed, ni quien sepa enumerar sus virtudes como lo hacía ella ante el cortejo de labriegos que oían de sus labios las buenas acciones de los moribundos, a quienes ella acompañaba hasta el último trance.

Pero el recuerdo de misía Plájedes vivirá entre nosotros por muchos años, porque supo estar siempre al lado de los menesterosos y tuvo frases de consuelo para los que sentían desfallecimiento cuando iban a dejar la vida.

Esta vida que ella piensa dejar después de hacer la mortaja con sus propias manos y de haber arreglado sus ropas con mucho esmero, porque como me decía hace tres días, a la presencia de Dios hay que llevar lo mejor que uno tenga.

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

El Epiro, día de Santa Ana, madre de Nuestra Señora, de 1923.

(*El Tiempo*, Bogotá).

El año literario

¿Qué novedades literarias han ocurrido durante el año 1923? Dispongo de poco espacio para desempeñar mi cometido. En tres cuartillas expondré mi opinión. Novedades fundamentales, de un año para otro, es difícil que ocurran. La evolución del pensamiento humano—y de sus formas—es lentísima. Observemos el panorama literario español; ese podrá ser el tema de nuestro compendioso trabajo. De treinta años a esta parte, los progresos han sido considerables. Cada vez existen más librerías en Madrid. Notemos, de pasada, que no podemos contar con una librería, entre tantas, exclusivamente literaria, exclusivamente nacional; la única, sólo literaria, sólo nacional — profundamente simpática, por lo tanto—que existía en Madrid, la de Murillo, en la calle de Alcalá, junto al Ministerio de Hacienda, desapareció hace muchos años. Y este es un síntoma —pequeño, pero elocuente—que servirá de ilustración a lo que luego digamos.

Cada vez hay más librerías en Madrid. Son incontables—veinte o treinta—las publicaciones que se consagran semanalmente, con precio módico, a la difusión de un cierto género literario. Los periódicos, de la mañana y de la noche, son infinitamente más en número que en 1890; están todos abiertos, en mayor o menor grado a la literatura. Han crecido también en número los teatros. Tienen vida activa cuatro o seis Centros o Institutos literarios. Se cultiva apasionadamente la novela; se publican con gran frecuencia libres de versos. La historia es cultivada por eruditos e investigadores. Se lee, en suma, mucho más que hace treinta años. Se compran muchos más libros. Es más intensa, varia y múltiple la producción literaria. No desmerecemos en la novela de ninguna nación de Europa: no es inferior nuestro teatro a ningún teatro europeo. Si España fuera grande, poderosa, fuerte, nuestros literatos, beneficiadores de este poder, serían admirados e imitados—como lo fueron antiguamente—en toda Europa. Su prestigio irradiaría con esplendor a las Repúblicas americanas.

Tal es el panorama de nuestras letras. Ahondemos un poco más; traspasemos la sobrehaz de las cosas. ¿Qué es lo que veremos? En el siglo XVI, en el siglo XVII, una sociedad selecta, reducida, sociedad de eruditos y de humanistas, daba el tono a la literatura. Imponía sus gustos depurados y creaba—con juicio certero—los valores estéticos. Existía en literatura autoridad y sentido de la jerarquía. Los siglos han pasado. La Revolución francesa ha creado un factor nuevo en la vida moderna: el factor *opinión pública*. Es el sufragio de todos quien decide. Ha desaparecido, en literatura, el imperio y el magisterio de las sociedades reducidas y selectas. En España—sin tomar las cosas de muy atrás, no tenemos espacio para ello—; en España, la generación llamada de 1898 fué profundamente nacional y patriota; no inventó nada esa generación; no creó nada nuevo; se limitó su acción a reforzar una tendencia que ya venía, de antiguo, iniciada. La generación de 1898 amó a España; se inspiró en España; gustó de los paisajes y de las viejas ciudades; desenterró primitivos poetas; puso su dilección en primores y arcaísmos del lenguaje. Pero esa generación de escritores representa hoy lo sancionado. Lo nuevo es otra cosa. Otra generación de poetas, escritores y novelistas ocupa el primer plano de la escena. ¿Cuáles son las características de esta generación? ¿Qué es lo que nos dice el presente de la literatura española, y qué es lo que se anuncia para lo por venir?

En España no existe una fuerte educación de Humanidades. No se estudia ni las literaturas griega y latina ni la española. No se tiene el gusto por la Historia; los estudios históricos se cultivan, sí, por los especialistas, como hemos dicho; pero la afición a la Historia no ha entrado en los literatos. Y tal vez se sepa algo de la historia del siglo XVII; acaso se conozca la Edad Media; pero se ignora total y profundamente las historias política y literaria de nuestro siglo XIX (acaso el siglo más pintoresco, rico y espléndido de toda nuestra vida nacional). Con el escaso gusto por la Historia, se junta la indiferencia por los grandes autores clásicos; bastante se ha adelantado en los últimos veinte años en el conocimiento de nuestros grandes autores; pero, en general, los escritores, poetas y novelistas permanecen ajenos a la corriente tradicional... En resumen, sin ambiente de Humanidades, sin amor a los grandes maestros españoles, sin gusto por el idioma en que se escribe, falta en España lo que podríamos llamar el *poder moderador de la literatura;* es decir, lo que existía en el siglo XVII. Y falta con ello lo esencial en el arte: sentido de la autoridad, sentido del orden, sentido de la jerarquía.

Desapareció aquella pequeña librería, exclusivamente literaria, exclusivamente nacional. En un porvenir cercano, sin ese poder moderador de que hablamos, la gente literaria no se sentirá ligada espiritualmente, hondamente, a España. Ya España casi es indiferente a los nuevos escritores. Y sin ese poder moderador, sin sentido de la jerarquía, iremos pasmados y suspensos—como aldeanos, con gesto vulgarísimo—tras las más frívolas y deleznables novedades que nos ofrezcan los extranjeros. Ya, recientemente, hemos visto evocar los más grandes y sagrados nombres de la literatura dramática a propósito de una ingeniosa farsa; y en el pasado año—espectáculo lamentable!—hemos visto también cómo excelentes poetas condescendían con una moda de incoherencia, válida durante un instante en los baluartes de París o en las cervecerías berlinesas. Sin una base honda de educación clásica, la frivolidad y el chabacanismo, la admiración de lo baladí y pasajero, traído de fuera, y el olvido de lo nacional, de todo lo genuino y sólido nacional, serán las normas de la sociedad literaria. Y ya, desgraciadamente, estamos en ello.

Queridos compañeros: ¡Una limosna para España; una limosnita de amor para la pobre España!

AZORÍN.

(A. B. C., Madrid).

León Pacheco

Tal firma suscribe uno de los artículos de esta entrega. Es el nuevo nombre de nuestro colaborador y paisano Napoleón Pacheco. Ignoramos por qué ha alterado el nombre usual y de pila; lo cierto es que nos pide que así lo manifestemos a sus lectores y amigos. Queda complacido, pues.

Omisión

Hay una que debe tomarse en cuenta en el artículo de Lugones, *Un paeta pagano*, que salió en el número 11 del tomo en curso. En la página 162, columna tercera, renglón 37 de arriba para abajo, el párrafo que empieza: *Así hasta*, etc., debe leerse:

Así basta en la priapea del audaz *Initus* dintelado por un verso genesíaco de Lucrecio. El final impone, etcétera, etc.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

La educación en Chile y don Enrique Molina

(Un artículo que ningún diario chileno puede publicar).

CUANDO el excelentísimo presidente de la República de Chile don Arturo Alessandri anunció su programa de Gobierno, los optimistas creyeron que se acercaba una época en que la justicia y la verdad reinarían en territorio chileno. Don Arturo Alessandri, salido de las filas radicales, dedicaría sus mejores esfuerzos al adelanto de la instrucción pública y a obtener el bienestar de las clases obreras. Los estudiantes universitarios dejando en el campo un muerto y varios heridos, se atribuyeron una gran importancia en la elección del nuevo presidente. Nada más natural entonces que el señor presidente de la República de Chile agradeciera este entusiasmo y esta ayuda e hiciera de nuestra universidad una institución libre en que alumnos y profesores se dedicaran a la investigación y al estudio. Institución libre en que los profesores fuesen hombres capaces de desempeñar sus profesiones y en que cada uno ocupara el puesto que su preparación le asignase. ¡Ahora bien, todo el mundo sabe que en Chile los puestos de la enseñanza, como todos los que dependen del gobierno se llenan con los amiguitos de los amigos del señor Presidente y del señor Ministro de Instrucción. Antes de dar una plaza se averigua si el candidato es masón o católico apostólico romano, si está recomendado por el ilustre senador por X y si ha prestado ayuda en las últimas elecciones al gobierno establecido. El más activo en política, es decir, el menos profesor, el menos idealista y generoso ocupa el puesto sin disputa. Hace algunos meses se discutió largamente si el Sr. R. (masón) podía o no, por razones políticas, ocupar la rectoría del Liceo de Aplicación.

Según mi modo de entender las cosas, y esto es siempre relativo, el único pedagogo de verdad, el único que está en continuo contacto con las últimas corrientes de la ciencia pedagógica es don Enrique Molina. Ya veo que los otros, los ratones de biblioteca y los diplomados en universidades yanquis protestan. Y sigo adelante. Don Enrique Molina, profesor de filosofía y de historia y Rector de la universidad que se forma en Concepción, viaja y lee, y según Cervantes el hombre que viaja y lee mucho ve y sabe mucho. Ahora bien, este hombre Molina trata de crear una universidad con donaciones particulares... y en Chile! Como se ve, es por lo menos un gran optimista, porque este proyecto en un país de avaros y de beatas es igual a las doradas quimeras que perturbaron el cerebro de nuestro don Quijote. En Chile es frecuente legar un millón de pesos a las monjitas descalzas o a las padrecitos calzados, dejar una casa al Santísimo Arzobispo de Santiago, pero contribuir a la creación de un colegio es labor exclusiva del gobierno. Y según he oído, este hombre Molina, que trata de crear un establecimiento de elevación moral e intelectual, ha tenido que recurrir a medios inmorales para colectar el dinero necesario estableciendo una lotería pública al efecto.

Enorme labor la que desarrolla este ciudadano. Pero a pesar de que unos pocos cursos funcionan ya regularmente, se necesitarán 40 ó 50 años para la formación de esta universidad. Ahora bien, Molina es sobre todo un profesor y no un administrador. Su labor intelectual sufre a causa de su labor de rutina administrativa. Concepción no es la ciudad más apropiada para sus actividades. Su talento de organizador puede dar mejores frutos en más basta escala. Por este motivo el Sr. Alessandri, radical y demócrata, haría una obra de justicia y de provecho nacional trasladando al Sr. Molina a la Universidad de Chile.

La politiquería se aprovecha de todos los puestos. El secretario de educación en Chile, como en la mayor de los países de nuestra América, es un senador o un diputado que sabe tanto de ciencia pedagógica como una mula de álgebra. Vemos sucederse a estos señores con una frescura muy chilena. Al ser elegidos MINISTROS DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA aceptan satisfechos por el sueldo y por el honor. Y después de dos meses renuncia el gabinete y otro señor campesino, senador por Loncomilla o por Ignorance Land pasa a ocupar el alto puesto. Ya sé que hay algunos de estos ministros que han venido a Estados Unidos a recoger catálogos y a visitar los edificios. Pero en primer lugar los Estados Unidos no son la cuna de la pedagogía ni los edificios enseñan sistemas pedagógicos. Y si buscásemos un hombre para el desempeño de este alto puesto nos encontraríamos otra vez con don Enrique Molina, a no ser que pidiésemos prestado a don José Vasconcelos o contratásemos un profesor europeo... y no yanqui... para que nos formase una universidad y un sistema educacional decente.

Conversaba yo en Nueva York hace algunos meses con un ex ministro de instrucción pública de la República de Chile y al preguntarle si en las clases de idiomas extranjeros se usaba mucho el método directo, me miraba alelado. Al preguntarle si los filologos chilenos trabajan en colaboración con el Centro de Estudios Históricos de Madrid, me contestó que no sabía de la existencia de tal centro. Y luego agregó «Nosotros estamos demasiado ocupados para preocuparnos de esas cosas». Y le encontré razón. Este mismo Sr. iba a Europa comisionado para estudiar la cuestión de los armamentos o algo parecido.

Esta corrupción universitaria se refleja en la labor intermitente y mediocre de los estudiantes. Con profesores medioevales, con edificios de la época de piedra, con la perspectiva de resignarse a aceptar la esclavitud de un partido político o fracasar, los estudiantes pierden el enorme entusiasmo racial y la nobleza juvenil. Como sus profesiones no les darán el triunfo apetecido se dedican desde jovencitos a la política. LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE ES UNA ESPECIE DE CONGRESO EN MINIATURA. En esta Federación se discuten generalmente temas que están fuera del dominio de un grupo universitario. Loable es esto, naturalmente, cuando se tiene lo otro, pero como los estudiantes son necesariamente de limitada influencia dentro de la nación y de capacidades limitadas para resolver los problemas más graves de la colectividad, sus decisiones se resuelven frecuentemente en manifiestos palabreros y en manifestaciones callejeras. Y como el señor Presidente de la República de Chile sabe muy bien estas cosas, radical y democráticamente, deja que las aguas sigan su curso.

A pesar de que esta Federación de Estudiantes tiene mucho de artificial y decorativo, yo sé que en su seno hay gente bien preparada y noble. Estos estudiantes de avanzada que ven el peligro y quieren evitarlo harán oír sus voces y pedirán hombres dinamistas que libres y democráticos sepan dirigirlos. Y yo sé que entre los profesores jóvenes hay algunos que no temen hablar claro porque tienen el orgullo de su saber y de su generosa intención.

ARTURO TORRES RIOSECO.

Universidad de Minnesota,
Minneapolis, Minn. U. S. A

Tres instantes de Sarmiento

En mi época de estudiante, Sarmiento no era para el público de Buenos Aires un grande hombre, sino simplemente «el loco Sarmiento», el Sarmiento de las caricaturas y de las anécdotas que lo pintaban como un maniático de las vanidades.

La gran epopeya civil formada por sus libros y por su acción de luchador, publicista y estadista, no era bastante conocida, o era poco apreciada por la colectividad. A ésta interesábale en él entonces solamente los toques grotescos con que su personalidad aparecía desfigurada.

En ese tiempo Mitre gozaba su perpetua popularidad de admiración y afecto, y Sarmiento adolecía de la popularidad del ridículo.

Pero ya desde entonces había un núcleo que tenía por él la merecida veneración, según pude comprobarlo por una casualidad que me ofreció a la vez la ocasión de verlo y escucharlo.

Una noche, caminando por una calle central de la ciudad, encontré un grupo como de 50 o 60 personas, la mayoría de aspecto distinguido, algunas de figuración política a quienes conocía de vista. Entre ellos estaba el Dr. Aristóbulo del Valle. Por curiosidad me incorporé al grupo y lo seguí sin preguntar adónde iba.

La pequeña manifestación se detuvo frente a una casa de la antigua calle Cuyo; era la casa de Sarmiento; aquel día era el de su cumpleaños. Por uno de los concurrentes a quien interrogué supe que todos los años, en su onomástico, un número de devotos se congregaban para ir a saludarlo.

Avisado de la demostración él esperaba en la puerta. Cuando penetramos en el espacioso patio, ví una mesa arrimada a una pared bajo un pico de gas. Sin preámbulos, Sarmiento, que tenía en la mano un rollo de papel, subió desde una silla a la mesa y leyó el largo discurso que tenía preparado para ese acto.(1)

En esa pieza de oratoria, como en la mayoría de las suyas, Sarmiento hablaba mucho de sí mismo.

Esta particularidad, materia de constantes censuras, lo es solamente por juicios superficiales. Un examen imparcial demostraría que más que vanidad hay exceso de franqueza en las apreciaciones favorables que Sarmiento formula sobre sus producciones y sus actos. Otros hubo entre sus rivales que tenían de sí propios una opinión exageradamente optimista, pero que no la manifestaban en forma espontánea, sino picados por una crítica o una contradicción.

Sarmiento se elogiaba siempre, pero nunca con exageración. Sus famosos autobombos eran generalmente proporcionados a sus merecimientos. Su diferencia con los demás vanidosos es que él se hacía justicia, y para ello no usaba circunloquios ni formas hipócritas.

Si eso constituye un defecto, estaba atenuado por la virtud de que sabía



SARMIENTO

hacer justicia a los demás, aun a sus antagonistas.

Otra circunstancia que no ha sido observada y que es de equidad tomar en cuenta cuando se trata del egotismo sarmientesco, es que por lo común las referencias que hace en sus escritos a su labor de acción y de pensamiento, se vinculan a la vida del país en alguna de las manifestaciones de su naturaleza, de sus costumbres o de su historia. Muchas páginas que parecen personales son de psicología nacional; y cuando menos, traducen hondas realidades humanas. Así los cuadros emocionantes de *Recuerdos de Provincia*.

En el discurso de aquella noche, que leyó admirablemente, sin declamación, pero con ademanes y tonos de voz impresionantes, Sarmiento estuvo formidablemente sarmientesco. Allí, más que en ninguna de las otras piezas que yo recuerdo, su poderoso individualismo tenía proyecciones abarcadoras de conceptos generales.

La audición de ese discurso me sirvió para alumbrarme un fenómeno mental que ha sido enseñador para mí durante toda mi vida. Desde esa ocasión aprendí a juzgar a los hombres y los libros con un criterio que aplico involuntariamente en todas mis lecturas y mis intercambios de ideas con las personas de todas las condiciones sociales y en todas las esferas de actividad.

Ese criterio es de clasificación de valores por lo que dejan en mi espíritu las conversaciones y las lecturas. Hay gentes cuya charla me entretiene y algunas que me cautivan con el encanto de su palabra, pero que después de oírlas no recuerdo lo que han dicho. Otras en cambio que carecen de atractivos verbales, me dan un punto de vista, me causan una emoción o me abren un vasto horizonte intelectual con una frase, con una observación, a veces con un gesto.

He oído cientos de discursos que me han gustado, algunos que me han entusiasmado y a los que he aplaudido con sinceridad, por la impresión del momento, pero de los que no ha quedado en mi memoria una idea, una imagen. Han sido como trozos de música que conmueven, pero que no se gravan con la reminiscencia de un tono o de una nota.

Lo mismo me pasa con mis lecturas. Muchos libros, tal vez la mayoría de los libros amenos que conozco, me han divertido, me han agradado o me han interesado, pero sin sugerirme un pensamiento, sin despertar en mí ninguna fuerza espiritual latente, sin acrecentar mi yo con una visión nueva de la vida.

En cambio, ciertas lecturas, ya sean o no fáciles y agradables, o ya pesadas, y hechas por necesidad o disciplina, provocan inesperados despertares de mi inteligencia o de mis energías subsconscientes; me alumbran como relámpagos en zonas obscuras de mi yo, o depositan en mí gérmenes de vida espiritual que después florecen o fructifican.

Estas experiencias de introspección tuvieron por punto de partida aquel discurso. Las impresiones que me produjo y los conceptos que de él recuerdo, me enseñaron a estimar en lo sucesivo las obras de pensamiento por su poder de fecundación. No me interesa lo que no me semilla mental o afectivamente

En la pieza oratoria a que aludo, me llamó la atención, y se fijó en mi memoria, una frase profunda consignada allí de paso: «Somos parte integranto del imperio romano». Este concepte audaz y novedoso que yo mencioné accidentalmente en una publicación,

(1) Si hay un joven preocupado — de esos que la Patria anda buscando para crear y crecer—que quiera saber del discurso íntegro a que en este artículo se alude, pase a la Biblioteca Nacional, pida el tomo XXII de las *Obras* de D. F. Sarmiento, ábralo en al p. 98 y léaselo con simpatía.

fué recogido allí por Lugones y comentado, asignándole todo su valor histórico y sociológico.

Pero lo que causó una visible emoción en los oyentes de la disertación incoherente, o por lo menos inmetódica, pero substanciosa, que leyó el gran anciano, fueron algunos párrafos de terrible ironía mezclada con palpitaciones de honda sensibilidad patriótica.

Refiriéndose al molesto espionaje a que estaba sujeto, expresó, con tono de agria sátira, que después de cincuenta años de servir al país estaba obligado a solicitar permiso de la policía para vivir...

Y luego, comentando las burlas sobre su ancianidad, de algunos periódicos, que lo declaraban caduco, hizo una magnífica evocación de los longevos contemporáneos, gloriosos en las ciencias, en las artes, la literatura y el gobierno. Con tal motivo avanzó una afirmación que, como muchas de sus intuiciones, empieza a ser científicamente demostrada: dijo en contra del prejuicio vulgar de los que creen que las tareas del pensamiento aniquilan: «la experiencia demuestra que por lo general viven más los que viven pensando...» Y este concepto fué subrayado con un ademán de la mano sobre la frente, que parecía iluminada con las vislumbres del Sinaí. Luego añadió: «yo agradezco a la Providencia que me haya concedido, como a los viejos patriarcas, la gloria de vivir luengos años sobre la tierra prometida», y había tanta unción en su voz al decir estas palabras, que se comunicó un estremecimiento emocional entre la concurrencia. Vi a un viejo que a mi lado se enjugaba los ojos: se sintió seguramente interpretado en el orgullo inconsciente que da el largo vivir, semejante al del viajero que ha recorrido muchas tierras o al navegante que ha cruzado y recruzado los mares.

Lo que yo sentí fué más que la simple impresión que puede causar una frase tocante; fué el efecto subyugador de una visión interna; la escena, el gesto, la profundidad del verbo manifestado en el tono enternecido con que calificó a nuestra tierra argentina de «tierra prometida» fueron para mí, y creo que para todos los que recogimos el sentido íntimo de aquella profecía, una palpitante evocación de la patria. Se me representó completa, con su trágico pasado de luchas y tragedias, como travesías por el desierto, y su porvenir de «tierra prometida» predestinada a manar leche y miel de la naturaleza y el espíritu.

Yo también, muchacho de 21 años, lagrimeé como mi viejo vecino; pero no sólo entonces; no sé por qué, y no podría explicarlo, cada vez que he relatado esa escena, se me quiebra la voz y se humedecen mis ojos al citar las palabras: ...«vivir largos años sobre la tierra prometida».

2

Un año después lo ví y oí en otro escenario, y se manifestó bajo otro aspecto distinto, pero igualmente típico de su personalidad que desconcertaba con sus múltiples facetas.

El literato italiano argentinizado señor Scotto dió una recepción en su casa en honor de su compatriota el poeta dramático Marenco. Entre los invitados había hombres de letras; viejos y jóvenes. Estaba Sarmiento, que, naturalmnte, tenía el sitio de preferencia junto al obsequiado. Se recitaron poesías, entre ellas la composición muy en boga entonces: *La mujer*, de Olegario Andrade. El ilustre huésped no hablaba español, pero demostró entenderlo, porque repitió en italiano algunos endecasílabos de la mencionada composición que resultaban también endecasílabos traducidos literalmente; así el verso final quedaba perfecto vertido en esta forma: *La figlia d'una lacrima de Dio.*

Sarmiento habló con gravedad tratando el tema de la poesía americana, de la que hizo una breve síntesis. Remató con un elogio muy parsimonioso, y con muchas reservas, del lirismo objetivo de Andrade, que él calificó de poesía sociológica, interpretativa del nuevo espíritu que se diseña en el Nuevo Mundo.

Después pasamos al comedor, donde la concurrencia se fraccionó en diversos grupos. El de la gente más sería se formó alrededor del poeta italiano; otro estaba pendiente de la palabra vivaz, en disertación erudita sobre literatura, del doctor Luis F. Varela. La mayoría rodeó la mesa, y Sarmiento se quedó allí con los muchachos; y allí pudimos observarlo y sentirlo en sus desbordes de humanidad exuberante y casi brutal. Tomaba a dos manos de la fuente las masas y alfajores, y a dos manos las metía en la boca, con actitudes de Pantagruel, deliberadamente ostentadas, según me pareció, con el objeto de dar la impresión de fuerza y de vitalidad poderosa. Esta presunción se confirma por la concordancia que el hacía resaltar entre su glotonería de ogro con la disertación, relampagueante de apóstrofes, que hizo allí contra la juventud, a propósito precisamente de la diversa manera de atacar el ambigú. Los jovenes lo hicimos guardando medida, y él en forma deliberadamente excesiva.

Mientras masticaba y bebía de un modo casi escenográfico, nos ametralló con sátiras de grueso calibre a los jóvenes, haciendo la comparación entre él y nosotros, en términos de una formidable y áspera elocuencia. Nos dijo muchas verdades a las que entonces yo no di ninguna importancia. Mis compañeros y yo las imputamos al inciso inacabable de lo que en esa época se llamaba «las cosas de Sarmiento».

Más tarde, recordándolas a propósito de hechos y circunstancias a que resultaban rigurosamente aplicables, me convencí que aquellas cosas del loco Sarmiento son las más cuerdas y sabias de todas las que he oído en mi vida.

Aquello fué durante media hora un torbellino de burlas y de interrogaciones a las que no esperaba respuesta, y que él mismo se las respondía entre risotadas, interpretando a su modo lo que suponía que los jóvenes podían contestarle en excusa a la debilidad y fallas que nos señalaba, y todo entremezclado con reflexiones de profunda filosofía práctica, que entre salidas criollas hacían pensar que nos hablaba

el espíritu de Juvenal y de Marco Aurelio, por boca del Viejo Vizcacha.

Diríase que en esa media hora la generación a que pertenecíamos los jóvenes allí presentes, y las sucesivas, incluyendo las actuales, habían sido llamadas a una imprevista absolución de posiciones ante un juez burlón, pero justiciero, que nos procesaba y condenaba a la pena de reconocer que colectivamente merecíamos la crueldad de sus invectivas.

—Ustedes—nos decía—son refinados; toman las masas con las puntas de los dedos o con tenacitas y beben el champagne por gorgoritos; además son delicados de estómago; no pueden comer ahora que son las doce de la noche, porque todavía no han digerido la cena de las ocho; no pueden beber más que una copita de vino sin marearse; todos ustedes tienen cara y cuerpo de nerviosos; son blancos y rosaditos como niñas; saben vestirse bien y los más aptos componen lindos versos. Pero, ¿cuántos de ustedes saben andar a caballo? ¿Cuántos han cruzado cincuenta leguas del desierto? ¿Cuántos conocen siquiera la mitad del país? ¿Cuántos han aprendido la geografía argentina igual que la europea? ¿Cuántos saben historia nacional? ¿Qué han leído ustedes de Sarmiento?

Y aquí un magnífico examen de sus principales libros, clasificados a vuelo de águila. Y luego, en contraposición a nuestra vida artificial, a nuestros sibaritismos intelectuales, nos presentó el ejemplo de su existencia batida sobre todos los yunques del trabajo, golpeada por todas las corrientes de la vida, asada como un buen matambre en fogones de campaña, dorada por el sol desde el alba hasta el cenit; y agregó:

—Yo estoy siempre en el cenit; mi madurez es más joven que vuestra mocedad. Y nos demostró la realidad de tal afirmación confrontando nuestra mínima labor de estudiantes con sus faenas de coloso.

Extendiéndose sobre ese tema, y a modo de resumen, nos refirió la conocida incidencia parlamentaria con el Dr. Quintana, a quien comparó con el vaso de agua limpia y clara asentado en su pupitre, mientras él era como el torrente de la montaña, y repitió más o menos la soberbia descripción de su vida accidentada y fecunda como los ríos que pasan fertilizando la tierra...

3

La última vez que lo vi fué la primera en que hablé con él directamente. Entre 1886 y 1887, no recuerdo con exactitud la fecha, la epidemia del cólera hacía estragos en algunas provincias, principalmente en Salta.

Con este motivo los salteños residentes en Buenos Aires nos reunimos para constituir un centro de la juventud a fin de reunir fondos y mandar auxilios a las autoridades de nuestra provincia, en la que escaseaban los medios más necesarios para combatir el flagelo. Yo fuí nombrado presidente del Centro, que alcanzó un relativo éxito; pudimos juntar en pocos días y girar una buena suma de dinero, primera cooperación que se recibió de fuera.

Pero hacían falta otros elementos que no estaban a nuestro alcance, y fuimos a solicitarlos de la Comisión Nacional de Auxilios, cuyo presidente era el general Sarmiento Se había estrenado en sus funciones con una de esas inspiraciones certeras, que resolvían una situación, y a las que no llegan por lo general los profesionales del criterio positivo, que desdeñan a las inteligencias superiores, creyéndolas desprovistas de lo que llaman ellos sentido práctico.

Cuando la epidemia arreció en Mendoza, las autoridades sanitarias indicaban la necesidad, en primer término, de que los lazaretos y la población tuviesen medios para que sólo se bebiese agua hervida. Se propuso enviar de aquí algunos miles de pavas.

Sarmiento dijo: No sean pavos, lo que hay que hacer es usar los grandes tachos desocupados de las bodegas para hervir agua en gran cantidad y repartirla entre las clases pobres. Con esa resolución adelantó considerablemente la campaña sanitaria.

En Salta se necesitaban médicos, medicamentos, ropas y alimentos. Fuimos, con otro miembro de la comisión directiva de nuestro centro, a tratar el asunto con el presidente de la Comisión Nacional.

Se nos hizo pasar hasta el segundo patio de la casa, donde había una enorme pajarera, con una variedad de aves que revoloteaban sin cesar, y con sus cantos hacían un ruido insoportable, para todo el que no fuese sordo como el dueño de casa. Este nos recibió con exquisita cortesía. Estaba sentado en un gran sillón de mimbre, bajo una fresca galería, en traje de verano. Leía un libro.

Atendió con toda deferencia nuestras indicaciones y nos prometió facilitar para Salta la mayor parte de los auxilios que le solicitamos como urgentes. Y cumplió su palabra; poco tiempo después salió para el norte la expedición sanitaria que presidió el Dr. Benjamín Araoz, más tarde gobernador de Tucumán.

Después que en breves manifestaciones nos dejó satisfechos en lo relativo a nuestra misión, enarboló en alto el libro que tenía en la mano, y nos preguntó:

—¿Han leído Vds. este libro? Es la Democracia triunfante, de Andrew Carnegie. Es la historia de la vida institucional de los Estados Unidos y contiene la más elocuente apoteosis del gobierno de la libertad.

Avergonzado por no conocer una obra que en ese tiempo tuvo gran repercusión, le contesté la verdad. Sonriendo benévolamente, nos dijo:

—Ya lo sabía. Los jóvenes de ahora no leen libros serios. ¿Qué han leído Vds. fuera de la literatura corriente?

Y para esperar nuestra respuesta se puso sobre el oído la corneta auditiva. Yo contesté:

—*Conflictos y armonías de las razas de América*. Además de *Facundo*, *Recuerdos de Provincia*, y el *Libro de viajes*, que han sido mis primeras lecturas.

El gran anciano sonrió satisfecho. Y para no aparecer que mi manifestación era de pura galantería, me referí a otros libros de autores argentinos, y mi compañero, un buen estudiante de Derecho, mencionó sus lecturas de Derecho Público de Tiffani, Story, Maschal y Adam Smith.

—Variando repentinamente el tema nos preguntó en qué partido político militábamos. Le respondimos que en ninguno, porque no había más que restos de partidos desorganizados y núcleos personalistas.

De pronto se irguió, y dejando el libro sobre el sillón se puso a pasear por la galería con las manos cruzadas atrás, que accionaban nerviosamente al compás de su palabra...

Describió el estado político del país en esa hora, haciendo una disección despiadada de cada uno de los hombres públicos que en ese período dirigían fracciones de opinión. Recuerdo sus juicios, pero me abstengo de mencionarlos en esta oportunidad; algunos eran contrarios a mis convicciones y afectos; pero otros, lapidarios y proféticos, merecen incorporarse a la historia.

Omito lo que expresó en condenación de los viejos, pero recordaré en otro instante sus reprensiones a los jóvenes.

No fueron de sátira, como las que le oímos sin protesta cinco o seis años antes.

Esta vez no se mostró burlón, sino fulgurante. Hubiera parecido olímpico sin la sombra de áspera tristeza y de misteriosa gravedad que irradiaba su figura como aureola de fúnebre presagio. Murió al año siguiente.

J. Castellanos

(*Caras y Caretas*. Buenos Aires).

Página lírica

de Conrado Nalé Roxlo

ESMALTE

Ardiente són de cigarra
en la tarde tropical,
sombra negra de la parra
verde en la pared de cal.

Sol que el pámpano tamiza
y el humilde patio sella
con una dorada estrella
que tiembla al pasar la brisa.

Muchacha de picaresco
reir y charla pueril;
beso al par ardiente y fresco
de su boca juvenil.

Seno que huyó a la lascivia
imperiosa de la mano,
como agua dorada y tibia
del río al sol del verano.

Leve rumor de una falda...
Cosas que hallan su virtud
mayor, en que ya la espalda
nos vuelve la juventud.

Vieja estampa coloreada
de nuevo por la emoción,
que en la mano ya cansada
tiembla a la luz del balcón.

INVITACION A CONTEMPLAR LA LUNA

Tú que has visto las lunas literarias
que por las hojas de los libros ruedan,
ven a ver esta luna. Es una simple
luna de la naturaleza.

No digas se parece, no hagas una
metáfora, aunque sea
la justa, la inhallable, la que nunca
visitó el corazón de los poetas.

No cuelgues de su disco claro y puro
ningún cintajo literario. Sueña
que por primera vez abres los ojos
a una noche de luna y la contemplas.

PREGON

Tan lleno está de ternura,
tan lleno mi corazón,
que siento en él ruido de alas
y suave calor de sol.

Voy a salir a las calles
y cara al viento de Dios
cantar a plenos pulmones
y alma plena este pregón:

¡Se da la vida de un hombre
por una brizna de amor!

Todo vestido de negro
en la mañana de sol,
tocando un tambor de muerte
un pregonero llegó,
y como un vuelo de cuervos
echó al viento este pregón:

Se da corona de espinas
y hiel a cambio de amor.

BALADA DE DOÑA RATA

Doña Rata salió de paseo
por los prados que esmalta el estío,
son sus ojos tan viejos, tan viejos,
que no puede encontrar el camino.

Demandóle a una flor de los campos:
—Guíame hasta el lugar en que vivo.
Mas la flor no podía guiarla
con los pies en la tierra cautivos.

Sola va por los campos, perdida,
ya la noche la envuelve en su frío,
ya se moja su traje de lana
con las gotas del fresco rocío.

A las ranas que halló en una charca
Doña Rata pregunta el camino,
mas las ranas no saben que exista
nada más que su canto y su limo.

A buscarla salieron los gnomos,
que los gnomos son buenos amigos—
En la mano luciérnagas llevan
para ver en la noche el camino.

Doña Rata regresa trotando
entre luces y barbas de lino.
¡Qué feliz dormirá cuando llegue
a las pajas doradas del nido!

PARTIDA

La partida de mi vida
juego con tanta pereza
que perderé la partida
por no mover una pieza.

¿Que me levante? ¿Que salga
en busca del vellocino?
No hay vellocino que valga
las fatigas del camino.

De Carlos Luis Sáenz

GARUA

El cielo se deshila
en suave mansedumbre de cristal:
la tarde es una niña,
que sale con su arco-iris a saltar.

Los árboles la miran
con tierno gesto de paternidad.
Las montañas la brindan
sus regazos de inmensa claridad.

Y fresca y conmovida
la pradera, bajo el claror pluvial,
para la loca niña
adamanta su veste vesperal!

19-XII.—923.

ANOCHECER

Entre las frondas negras hay otras frondas [rojas:
de sus trajes de óro la tarde se despoja

lentamente y la luna que la anuncia un [fulgor
viene en pos de la estrella radiante del [Pastor.

Por un instante enciende la luz todas las [cumbres
y el pájaro que vuela lleva en sus alas [lumbre.

Otro instante ya sesga y en las sombras [naufraga
el paisaje. ¡La noche tiene ciencias de maga!

Y ahora entre las frondas, fantásticas y [mudas,
hay estrellas que guiñan sus ojitos de viudas!

14.—XII.—923.



LA MORENA Y LA BLANCA

(Ronda infantil)

Para el Repertorio Americano

Coro

Lunita, lunita, luna,
corazoncito de plata,
a esta niña, por ser rubia
te la damos por hermana.

Canta la niña:

Lunita, lunita, luna,
¿me recibes por hermana?
Cuando la abuela me besa
me dice, «¡lunita blanca!»

Coro

Lunita, lunita, luna,
corazoncito de plata,
a esta niña por morena,
te la damos para criada.

Canta la morena:

Lunita, lunita, luna,
¿me recibes como criada?
La abuela, cuando me besa,
me dice «¡rosa encantada!»

Coro

Lunita, lunita, luna,
corazoncito de plata,
¿estás contenta, pues tienes
una criada y una hermana?

Canta el Paje de la luna:

Manda a decir la Luna,
la Emperatriz de plata,
que le mandéis la rubia
la de la blanca cara
para hacerla Princesa
y con un Rey casarla.

Coro

Lunita, lunita, luna,
corazoncito de plata,
haremos por complacerte
lo que nos pides y mandas.

(Se va el Paje con la niña blanca).
Vuelve el Paje y canta:

Manda a decir la Luna,
la Emperatriz de plata,
que le envíes la morena,
que no será su criada,
pues con el Rey Sol de Oro
mañana es desposada.

Coro

Lunita, lunita, luna,
corazoncito de plata,
haremos por complacerte
lo que nos pides y mandas.

(Se va el Paje con la niña morena).
Luego se unen todos en el coro y cantan:

Lunita, lunita, luna,
corazoncito de plata,
mañana serán las bodas
de la morena y la blanca!
Irán las dos con sus reyes,
será cuando nazca el alba
y sonarán por los aires
las voces de las campanas!
¡Lunita, lunita, luna,
corazoncito de plata,
mañana serán las bodas
de la morena y la blanca!

Agosto 30.—923.

Albricias poéticas

EL GRILLO

Música porque sí, música vana
como la vana música del grillo;
mi corazón eglógico y sencillo
se ha despertado grillo esta mañana.
¿Es este cielo azul de porcelana?
¿Es una copa de oro el espinillo?
¿O es que en mi nueva condición de grillo
veo todo a lo grillo esta mañana?
¡Qué bien suena la flauta de la rana!...
Pero no es son de flauta: en un platillo
de vibrante cristal, de a dos desgrana
gotas de agua sonora.—¡Qué sencillo
es a quien tiene corazón de grillo
interpretar la vida esta mañana!

CREO que por primera vez, por segunda y no más, en todo caso, arriesgo el elogio de un poeta sobre la fe de su primer libro.

Digo mal que *arriesgo.* No; esto es injusto seguramente, aun cuando expliquen de sobra mi precaución, decepciones que suelen dolerme con la angustia de la ilusión desvanecida; pues quien como Conrado Nalé Roxlo inicia su vida pública de escritor con la obra de arte que es el soneto transcripto, primero de su libro al cual da nombre también, acredita, desde luego, uno de esos temperamentos inflexibles hasta la fatalidad, si es propio expresar, así, tan noble destino.

Claro está que, para confirmarlo, el resto del libro corresponde a la portada, con una armoniosa unidad, no menos reveladora del don nativo. El artista ha cincelado su grillo de oro con aquella ingenua maestría de la predestinación, que se ignora no pocas veces, y hasta sobrepasa en ciertos detalles la capacidad personal, consciente o adquirida: de tal modo el verdadero poeta es un revelador instintivo de la humana emoción que en la suya se define. Así una gota de rocío detalla simultáneamente los siete colores de la luz, se llena de cielo y contiene un paisaje. Y todavía le sobra gracia para el capricho de presentárnoslo inverso, en la misma chispa solar del rayo que la evapora.

Es que en el ser de esa gota—, e insisto en ello por su importancia trascendental—, está el prodigio de la luz, como en el instinto del poeta el prodigio de la emoción humana. Y tal cual la gota no contiene realmente al paisaje, al cielo ni al color, sino que los revela en la belleza de su cristal, el poeta puede no sentir directamente el gozo que celebra o la desdicha que llora; pero su canto saca a la luz, hermoseándolo, es decir, tornándolo sensible en belleza para todos los hombres, el tesoro de alegría y de dolor acumulado durante siglos por el género humano. Esa es su misión altísima, en eso consiste su ciencia natural, y de aquí que el poeta resulte, en la divina iluminación del amor así engrandecido, el único ser que realmente ama.

Su don de simpatía con la vida es lo que engendra el panteísmo de todo poeta verdadero. ¿Cómo no ha de sentirse grillo una hermosa mañana de primavera florida y cielo azul, interpretar a la perfección el canto de la rana, dilatarse en el cuerpo del viento, ser quimérica araña en el rayo de luna y en la hebra de humo, o llorar la desventura, aun cuando ilusoria y ajena, si el amor con que lo siente su alma a todo eso la marida entrañable? No es la inteligencia sino el amor lo que *comprende*: vale decir, lo que se apodera de algo y se lo incorpora. La inteligencia es un instrumento de analizar, y por esta investigación da el dominio de lo que estudia. La posesión inherente al acto de comprender es imperio de amor sobre los seres y las cosas. Y así es también cómo el amor, la facultad exclusiva de crear, realiza dicho acto: el único realmente trascendental de la existencia. *Crear* es dar vida el amor en sí mismo o de sí mismo. Así el poeta cuando engen-

dra como la flor hermafrodita o cuando encarna en el alma interlocutora.

Esto último es *confidencia:* acto de mutua fe, como dice el sentido de la palabra. De tal suerte, la obra de belleza resume los más nobles afectos en la potencia superior de crear. Fenómeno de vida excelsa entre los más altos, ¡cómo no ha de ser importante, pues, el descubrimiento de un nuevo poeta!

Bien corresponde al soneto citado el propuesto símil de la gota de rocío.

Por esto, y por su perfección, ha de quedar clásico en nuestra literatura. Mas lo que me interesa ahora es advertir cómo en dichas cualidades se halla resumido todo el poeta.

Una sonrisa entre irónica y piadosa, que es la amable discreción del sentimental, disimula, bajo la humildad del símil con el grillo, al corazón dilatado hasta el transporte en una exclusiva vibración de canto: «sólo sé cantar como el grillo en su agujero».

Luego, el paisaje de sobria elegancia, caracterizado por dos rasgos típicos de valiente pintor: el cielo de porcelana azul y la mancha de oro del arbolillo primaveral. Este *golpe* impresionista define en Nalé toda la estética del paisaje. Así puede verse en una de sus más originales composiciones, *Los Gallos*, audaz *pochade* lírica, sobre la cual volveré, pues sólo la recuerdo ahora por la nota decorativa del rojo dorado sobre el azul obscuro de la noche—, «los gallos rojos en la noche azul»—: impresión primitiva de cartel, que transforma en artística creación un puñado de estrellas de oro.

Vista y oído, color y música, son las dominantes de esta poesía, tal cual suele manifestarse casi siempre la sensibilidad de los poetas sentimentales; y así está patente en los tercetos, donde la doble nota cristalina de la rana inspira una descripción de la más clara belleza. Y de la más completa hermosura, asimismo, ya que no falta ni la adecuada música, inherente, por vibración sensible, a la sutileza del cristal. Y el poeta nos dice también por qué, con una gracia casi infantil en su sinceridad: porque es fácil intepretar la vida, cuando su sencillo goce transforma al poeta en un grillo de los campos. ¡Un sensible insecto que no sabe sino cantar!

Pero esto lo sabe tan bien, que su ciencia del sonido, manifiesta en la elección del lugar donde se instala, en la disposición acústica de su cueva resonante, es el asombro de los naturalistas. Así también el poeta nace con la ciencia de cantar, y la estrofa es su cueva de grillo lírico.

Y otra cosa tiene el insecto, y es su salto desmesurado hasta la paradoja, como el de aquel payaso de Banville, que disparado por el trampolín fué a rodar en las estrellas.

Precisamente, Nalé tiene a su vez mucho del funámbulo sentimental que había en el poeta francés, al cual no conoce, pues se trata de una mera semejanza de temperamento. Menos ingenioso y más poético el suyo, considerablemente más, su payasada recuerda el vibrante deslizamiento de una mariposa que a la vez anda y vuela sobre una cuerda de violín. Con lo que su gracia aérea está llena de profundidad musical. He aquí dos ejemplos en confirmatoria progresión:

PROLOGO INUTIL

Estoy cansado de andar
con los versos bien peinados,
y quiero hoy, alborotados,
al viento verlos flotar.

Fuerte viento impresionista
que en la torre del poeta
ha clavado la veleta
en dirección imprevista.

Viento que sopló ese día
y tal vez no sople más;
vuelo alocado y fugaz
hacia la barroquería.

El alma la dejo en casa,
y vengo a hacer de payaso,
con mi vestido de raso
y mis volados de gasa.

Bajo mi sombrilla roja,
entre luces y oropeles,
al son de mis cascabeles
danzaré en la cuerda floja.

El fondo pesimista de estas gallardas estrofas, que bastarían para revelarnos un poeta hecho y derecho, va a obscurecerse un poco más, ennobleciéndose con la idea de la muerte cuyo riesgo constituye la dignidad de toda proeza, lo mismo a los lomos de un corcel de batalla que en la tensión de un alambre funambulesco:

SINCERIDAD

Claramente se me alcanza
mi condición de payaso;
lo ridículo del paso
de mi danza.

Cuando busco la quietud
fría y noble de la estatua,
logro sólo una actitud
necia y fatua.

Más no lloremos, grotesca
estatuilla de humo y lodo.
Vendrá la muerte que todo
lo ennoblezca.

Y la nobleza correspondiente de la vida y del alma, en estas otras dos definiciones de su temperamento de artista:

LO IMPREVISTO

Señor, nunca me des lo que te pida.
Me encanta lo imprevisto, lo que baja
de tus rubias estrellas; que la vida
me presente de golpe la baraja

contra que he de jugar. Quiero el asombro
de ir silencioso por mi calle oscura,
sentir que me golpean en el hombro,
volverme, y ver la faz de la aventura.

Quiero ignorar en dónde y de qué modo
encontraré la muerte. Sorprendida,
sepa el alma, a la vuelta de un recodo,
que un paso atrás se le quedó la vida.

FINAL

Oh lector que este libro hojeaste como
quien deshoja silvestre margarita,
sabe que lo que en él grabara el plomo
no es el alma, diversa e infinita,
de aquel que lo escribió. Sólo una muda
sombra que pasa encontrarás en él,
porque el alma purísima y desnuda
no sale nunca en traje de papel.

Sí, pues. No nos equivoquemos con la personalidad compleja de estos juglares que sonríen al abismo desde su trapecio volador, y esconden las lágrimas por no desleir el afeite. El alma, la noble mariposa, está ahí dentro, clavada por su recóndito alfiler, en el misterio decoroso del dolor personal o de la íntima afección que sólo salen a luz cuando se transforman, a través del yo, en expresiones humanas. Ría o llore en sus versos, lo que el poeta revela no es su estado personal, sino la alegría o la tristeza de todos. El alma del poeta vive con todo lo viviente, como la luz se manifiesta en todo lo visible, siendo, esencialmente, una emanación obscura. ¿Ni qué puede tampoco interesar lo que haya en el poeta de miserable carne humana?...

El destino del poeta no es revelarse, sino revelar. Agente de la belleza, ¡cuántas veces no es más que su doloroso esclavo! Aquí, que no en la maldad ajena, está el motivo de la pobreza, el aislamiento, el dolor, que angustiaron la existencia de tanto grande artista. No ser más que un canto en la noche como el grillo del poeta: ¡qué cosa tan fútil y tan trágica a la vez! Cuánto han gemido los poetas: «¡Para qué nací!» «¡Para qué te amé!» Pero en vano se ha investigado el secreto de amor que parecían esconder esas quejas. El secreto no existe. Laura y Beatriz son pretextos, con frecuencia indignos de su inmortalidad seudónima. El secreto está en el destino inexorable que es ese don de simpatía con la Naturaleza y con los hombres: la sensibilidad pánica, que corriendo tras la ilusión, personificada en la ninfa fugaz, da tan sólo con una caña y la trueca en flauta, todavía, al contacto de su beso frustrado.

¡Inexorable fatalidad de belleza! Nacer sensible, es nacer herido; y *simpatía* quiere decir realmente comunidad en el dolor. El alma, la pobre Psiquis, mártir de la belleza, bate el ala doliente hacia la libertad de la luz ulterior, que es su esperanza de alivio; y entonces, para nuestro eterno bien, encarna en música sobre la tierra la ya divina suavidad de la *Vita Nuova*, o aquella aspiración al in-

finito con que nos pone en comunicación celestial la queja beethoveniana.

De ese estado nativo y natural, que es la poesía para el poeta, nace la adecuación de su lenguaje: el verso constituído por las mismas palabras que la prosa, pero diferente de ella por el predominio del elemento musical. Así, el objeto comunicativo de la prosa es la noción, y el del verso la emoción; de tal suerte, que la expresión de aquella está en el sentido literal de las palabras, y la del verso en la eufonía y en la imagen. Son los mismos vocablos, pero no significan lo mismo.

Como nosotros no cantamos el verso, a diferencia de los antiguos, para quienes no había verso sin canto, el verso tiene que cantar por nosotros; de tal modo, que, recitando con la voz natural, suene musicalmente.

Por esto, nuestro verso es más preciso y exigente en el concierto de sus elementos musicales, que son tres: la cantidad silábica, el acento y la rima. La primera no puede pasar de catorce, de quince cuando más, en nuestro idioma, sin que el verso se disloque irremediablemente; el segundo es de uso variable: conforme a regla en los metros regulares, y al oído en las combinaciones libres; la tercera, consonante o asonante, es esencial; pues, sin ella, el verso deja de existir o se vuelve prosa. Bella prosa, quizá, pero prosa sin remedio.

No hay buen poeta que no sea buen rimador, y esto por un motivo sencillo: que el lenguaje rimado es su modo natural de hablar como poeta. La rima es lo que determina su verso, y lo que primero se le presenta al componer, sugiriéndole, todavía, el sentido de su frase. Lejos de ofrecerle un obstáculo, constituye su facilidad y su goce. La precisión de su lenguaje resulta, en gran parte, de la rima, que es un ajuste natural como el de las coyunturas en los miembros de un organismo; y tal cual éste puede plegarse y acomodarse en muchos modos, pero no descoyuntarse sin fracasar o sucumbir, el lenguaje poético puede libertarse de todo, menos de la rima.

La supresión de este elemento no es libertad, sino anarquía absolutamente inaceptable. Y más aun en castellano, ya que en vez de una tenemos dos maneras de rimar: la exacta, o consonante, y la asonante, que es facilísima.

Hablarle a un buen poeta del *yugo de la rima* es como compadecerle a un enamorado el *yugo del amor*. El no desea sino estar enyugado. Aquello es su delicia: el *dulce yugo* de las coplas eternas.

Así, no es el poeta quien abandona a la rima, sino la rima que abandona al mal poeta, para que este haga lo único que puede hacer: es decir, prosa.

Un poeta que comete licencias o hiatos es un pobre, digno de consideración. Un poeta sin rima es un mendigo lastimoso. Es menos aun; pues por el mero hecho de no poder rimar, ha muerto.

Claro es que eso, como toda miseria vanidosa, pretende encubrirse con el nombre de libertad. Mas, la impotencia que revela, es la peor de las servidumbres. Curiosa prueba de dominio musical la que empieza aniquilando el instrumento...

A pesar de la moda vil, que nos da en el género tanto poemilla abortivo, correspondiente a los muñecos ortopédicos de la *pintura* congénere; de su inquietud moderna, de su instinto libérrimo y hasta libertario, a fe mía, el buen poeta, que es este Conrado Nalé, nunca deja de rimar. Y hasta cuando en *Los Gallos* su composición más interesante, quizá, desenfrena el ritmo en contorsiones casi desconcertantes, no pierde el gobierno necesario, la unidad vital, conservándolas por medio de la rima. Es un excelente ejemplo de la extrema libertad que puede tomarse un buen poeta.

Y otro lo constituye, para la combinación de metros regulares, el bellísimo poemita *Drama Nocturno*, que considero lo mejor del libro; y así como el soneto liminar, una pequeña obra maestra.

Materialmente hablando, la poesía es verso; y esencialmente, el verso es rima como el pájaro es ala.

Gota de rocío, ala, mariposa, tierna ironía, gracia ingenua, salto funámbulo en la luz...

He aquí lo que he podido ver, con la alegría de una iluminación matinal, en *El Grillo* de Conrado Nalé Roxlo.

LEOPOLDO LUGONES

(*La Nación*, Buenos Aires).

El águila del nopal

1

Un país dramático

De nuevo llegan noticias trágicas de Méjico. La guerra se pasea otra vez por los términos de la República. Nada de extraño tiene este último episodio de la tragedia clásica. Porque Méjico es un país clásico y un país dramático. Es el país dramático por excelencia.

Este episodio de ahora, que será corto, aunque sea largo, no tiene la gravedad ni infunde la emoción de otras horas nocturnas cebradas de relámpagos. Recordemos el penúltimo de estos episodios, que duró diez años.

2

El águila del nopal

MÉJICO tiene en su historia un mito estupendo. De ese mito tomó vida el águila del Escudo de Méjico que alza el vuelo, desde erizado nopal, llevándose en el pico a una serpiente. Está bien que lo que vuela destruya a lo que se arrastre, y que el águila, o sea el ímpetu denodado, triunfe de la serpiente; es decir, de la perfidia.

La reciente lucha de diez años entre Méjico y Yanquilandia renueva el mito del viejo imperio azteca.

¿Quién iba a atreverse con la enorme Yanquilandia, el serpentón del Norte? Sin embargo, Méjico se ha atrevido. Durante diez años, en las más tristes circunstancias, Méjico le ha hecho frente, si cejar un solo día.

¡Dramático y mal conocido episodio de dos lustros, que nos ahoga de emoción!

Méjico, país heterogéneo, de apenas 20.000.000 de habitantes, sólo tenía contra el gigante la honda y el ánimo de David. Y no ha cejado jamás un ápice de su derecho, ni por la violencia ni por la lisonja, ni por el cohecho.

¿Qué ha faltado a Méjico para aguijonear la codicia del sajón vecino? Nada, ni el desorden interno: ponderosa revolución a cuestas y la herencia por liquidar, de infame déspota que no creía sino en la plutocracia. Fabulosas riquezas naturales han agravado la situación de Méjico, entre ellas el bélico petróleo. ¿Otro aliciente? Su situación geográfica, al sur del continente norteamericano, sobre los dos grandes Océanos que le permite a Méjico tener dos caras: una que mira a Europa, otra que mira al Asia, y poder servir de tránsito, como Panamá, a dos civilizaciones, la de Oriente y la de Occidente. Y ese apéndice natural de cinco Repúblicas que parten límites, al medio día, con el Canal de Colombia. Y un golfo donde se amparan las islas más codiciadas del Caribe. Para defender tantos tesoros, contra la ambición estrellada y depredadora, ¿con qué ha contado Méjico sino con esa energía maravillosa, que es su mejor coraza?

Un yanqui—Ernesto Gruening—ha escrito, con verdad, en *The Nation*, de Nueva York: «Mientras otros muchos países se han arrodillado ante el Tío Sam, Méjico, dignamente, se mantiene erguido ante él».

Nada más cierto y nada menos sabido. En oposición abierta con los Estados Unidos, Méjico ha llevado a

término, antes que Rusia, una revolución rusa.

Las bases económicas de la sociedad han sido renovadas y el aspecto de la sociedad ha cambiado.

Los Estados Unidos obstaculizaron durante años y años ese cambiamento. Es más: se complacían en enturbiar el agua para pescar en río revuelto. Los movía, antes que nada, su viejo sueño imperialista, el anhelo de dominar sobre la mayor extensión de América posible; y, además, un doble odio, el odio de raza y el odio del Estado capitalista al Estado socialista.

3

La puñalada en la espalda

Mientras Méjico se debatía en los trances de su revolución, los Estados Unidos han desarrollado contra Méjico una política, no maquiavélica, sino diabólica. Le asestaron la puñalada en la espalda.

Han mantenido la inquietud dentro y el descrédito fuera. Han financiado contrarrevoluciones. Han armado durante diez años a los reaccionarios, a los anarquizadores, a simples bandidos.

Han amenazado a los gobernantes. Han desconocido Gobiernos. Han invadido con sus tropas el territorio de Méjico. Ese general Pershing, que ha cosechado tantos y tan incruentos laureles en Europa, no cosechó sino derrotas en el país de Juárez.

La Prensa calumniadora, el cable desacreditador, el cinematógrafo infamante, todo lo puso en juego Yanquilandia. La banca, la diplomacia internacionales, colaboraron con ella, porque no se ayuda sino a los fuertes, ni se presta sino a los ricos. Hasta un instrumento internacional como la Sociedad de Naciones se puso, indirectamente, al servicio de los yanquis. Y se dió el caso que de un Cuerpo cuya idea inicial, recogida por Wilson, nació en el cerebro de un estadista hispanoamericano, se excluyese a un Estado de Hispano-América.

Pero no por ello triunfó el serpentón norteño. Las amenazas fueron devueltas, las invasiones deshechas, la propaganda adversa sufrida con estoicismo y las intrigas diplomáticas, desenredadas con talento. La revolución social queda cumplida, la estabilidad política queda alcanzada, y el Gobierno de Obregón—, es decir, el Gobierno constitucional y revolucionario de Méjico—, queda reconocido.

El suelo y el subsuelo de Méjico, las minas, las haciendas, los ferrocarriles, han ido pasando a posesión del Estado, a despecho de los voraces capitalistas del Norte. Los latifundios han sido parcelados y puestos en manos del antiguo esclavo campesino. La instrucción pública, sobre carriles nuevos, no corre, sino vuela. Hoy puede servir de modelo a los más ilustres pueblos del mundo. El nombre de un prócer y generoso espíritu va asociado a esta obra trascendental: el nombre de José Vasconcelos.

La política abre las alas: se apoya en la esperanza del Pacífico, por una parte, y en el sentimiento de solidaridad iberoamericana, que ha sabido despertar, por otra. En este camino, hasta ha dado Méjico un grande ejemplo de moral internacional rompiendo sus relaciones con la dinastía de los barbarócratas Gómez, de Venezuela; Gobierno que deshonra, por sus procedimientos, no sólo a Venezuela, sino a la América; no sólo a América, sino a la Humanidad.

4

La tercera independencia

El triunfo de Méjico significa el triunfo del ideal revolucionario sobre el Estado capitalista; del espíritu latino sobre el espíritu sajón; de la cultura de tipo neohispánico sobre la cultura yanqui; de América sobre los Estados Unidos.

Y no olvidemos esto: Méjico batalló en la noche cerrada, en medio de la soledad, sin la atención ni el interés de nadie, puesto que todos, aun los indiferentes; todos, aun los interesados, o no veían o cerraban los ojos a la injusticia y al dramático duelo de dos pueblos de fuerzas y armas desiguales.

Cuando alguna voz se oía era la voz de la rechifla o de la injuria. La propaganda del yanqui era tenaz, multiforme y multilingüe. Se llegó a creer en la barbarie de Méjico y en el desinterés y el idealismo de los Estados Unidos. Méjico sólo tuvo por compañero su derecho y su energía. Pero estaba siempre en el campo, la espada al puño. Era necesario transigir o exterminarlo Se ha transigido.

Méjico ha sabido ganar su tercera guerra de independencia. La primera la libró contra la potestad española; la segunda contra Napoleón III y aquel Emperador austriaco que Francia quiso imponerle; la tercera contra el imperialismo luterano, contra el capitalismo anglosajón. El nombre de Morelos queda indisolublemente unido a la primera independencia; el nombre de Juárez a la segunda; el de Obregón a la tercera.

¿Ha terminado para Méjico—y por siempre—el peligro del Norte? No. Un día u otro, quizás pronto, recomenzará la brega. La codicia no duerme. El destino de Méjico es luchar.

Para cumplir su trágico destino, Méjico, que ha visto florecer en su seno varias culturas, supo y sabe desarrollar al máximum una de las condiciones esenciales para el combate: la energía.

R. BLANCO-FOMBONA

(El Sol, Madrid).

Flor de Luna

No sabemos quien sea... Nos envía una carta fina y dos composiciones suyas; es cuanto podemos decir.

Juzguen los lectores de las composiciones. Hay *pasión* en ellas, y hay *visión poética* también.

¿Asistimos, acaso, al advenimiento de una poetisa nueva? Dios y el tiempo lo dirán.

En la carta se habla de una «humilde amante de las letras». Es posible que de ella volvamos a hablar.

UNA HORA DE AMOR

Noche oscura tibia y rumorosa,
tupidas frondas, un banco, una ilusión,
unas manos que esperan temblorosas
y dos bocas que se unen con pasión.

¿Siluetas? Dos almas que se besan.
¡Silencio! Está de vuelta la Razón.
Adiós, dicen las sombras, y se alejan
y una de ellas se va sin corazón.

Feb. 1924.

LUZ DE LUNA

Para él...

—Volvió ya la luna con sus claras noches a teñir de plata los vastos contornos.

—Grises son los troncos, negros los follajes, hay llanto en las rosas y en el alma... sombras.

—Oyense a lo lejos, del amor las preces; aleteo de pájaros, zumbido de insectos y en el cielo azul, densos y alargados los ampos de nubes.

—Hay hoy en mi vida tortura de dudas y en mi alma hay heridas muy hondas y oscuras...

—No bebas del agua que arroja la fuente; pero algo más fuerte me dice al oído, tómala, sí, tómala... y luego que corra así, suavemente.

FLOR DE LUNA

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica